

la conmueven, ni las variaciones de los siglos la hacen cambiar de rumbo. Es la obra de Dios, siempre serena é imperturbable en medio de las pequenezes de los hombres.

F-10144

## LA VERDAD ✓

## SOBRE LAS CONGREGACIONES RELIGIOSAS.

Los Hermanos de las escuelas cristianas—Una palabra sobre su historia—Número de sus escuelas—Superioridad, economía, popularidad de su enseñanza—Lo que costaría su supresión.

Entre las congregaciones religiosas de hombres y mujeres, es muy fácil defender las de los buenos Hermanos y santas Hermanas que se consagran á la instrucción de las últimas clases de la sociedad ó al cuidado de los pobres y enfermos: acerca de ellas, además, no necesita el pueblo nuevas informaciones, puesto que las ve en sus obras cada día. Así, no hablaremos tanto de sus servicios y de su vida ordinaria, como de su historia, del lugar que ocupan en la enseñanza primaria, en el alivio de las miserias humanas, de la imposibilidad de que sus detractores las reemplacen si alguna vez las expulsan de la escuela, del hospital ó de las viviendas de los pobres.

Hay muchas comunidades de Hermanos dedicados á la enseñanza primaria. Hablaremos especialmente de la más antigua y considerable: la de los Hermanos de las Escuelas cristianas.

Esta célebre institución, que tiene el honor de compartir con los Jesuitas los odios de los impíos, fué fundada en 1680 por el Venerable La Salle, cuyo proceso de beatificación acaba de autorizar Pío IX. A la muerte del fundador contaba la institución 27 casas y 122 clases á que asistían 9,885 alumnos. En 1725 fué aprobada por Roma y reconocida oficialmente en Francia. La instrucción de los niños del pueblo á que se consagraba había sido en todo tiempo objeto de la solicitud de la Iglesia, y desde los primeros siglos de la Era cristiana, no se fundaba una parroquia, no se elevaba un monasterio sin que al mismo tiempo se no estableciera una escuela gratuita y popular.

Así en el año de 1735 un Embajador de la República de Venecia cerca de Francisco I. Miguel Giustiniani, escribía que "en Francia nadie hay, por pobre que sea, que no aprenda á leer y á escribir." En muchas

provincias, la población escolar era más numerosa en el siglo XVII que en 1733; y de un informe de M. Fayet, antiguo Rector de la Universidad, resulta que en un sólo Departamento, estudiado por él en este punto de vista, había en el siglo pasado mayor número de escuelas que en nuestros días. Fué, pues, á la Iglesia católica á quien debió Francia durante quince siglos el establecimiento y desarrollo de la instrucción primaria en todo su territorio.

La institución de los Hermanos de las Escuelas cristianas fué la primera comunidad que se dedicó á la admirable tarea de instruir á los niños de las clases pobres; y sus estatutos, aprobados por la Santa Sede, consagraron el principio de la enseñanza gratuita, que ya había sido universalmente admitido y puesto en práctica en las escuelas parroquiales. "Los Hermanos, dicen esos estatutos, mantendrán escuelas gratuitas, y esto es esencial á su institución: no recibirán de los escolares ni de sus padres plata ni obsequios, por pequeños que sean, bajo ningún pretexto."

Esta regla fundamental del instituto de los Hermanos ha sido siempre observada desde hace doscientos años y jamás ha sufrido excepción. Enseñan, sirven gratuitamente por el amor de Dios y de las almas, y á pesar de las ofertas, instancias y amenazas de los Gobiernos, jamás han consentido salir de ese camino. En alguna de sus escuelas la Administración ha establecido contra su voluntad la remuneración, como en las escuelas laicas; pero ellos han rehusado recibirla, y la han depositado en la caja que guarda los bienes comunales. El principio de la enseñanza gratuita, nacido de la caridad católica, ha continuado siendo la corona del sacrificio de los buenos Hermanos.

La institución se desarrolló rápidamente, y en 1789 contaba 1,009 hermanos que dirigían 550 clases con 30,000 alumnos. La Revolución que quería fundar un mundo nuevo, proscibir la religión y destruir junto con los abusos y privilegios odiosos del antiguo régimen las instituciones más útiles y populares sólo porque eran cristianas, la Revolución no podía tolerar la existencia de una comunidad religiosa que enseñando á los niños la lectura, escritura y principios de aritmética, les enseñaba al mismo tiempo el catecismo y el amor de Dios.

Los Constituyentes de 1791 y los Convencionales de 1793, detestaban á los Hermanos de las Escuelas cristianas. La institu-

ción fué, pues, suprimida; los Hermanos fueron desterrados ó asesinados, y en cambio la Convención proclamó la instrucción obligatoria; pero esta declaración hipócrita fué sólo letra muerta, como la del derecho al trabajo y á la limosna, que no impidió que el pueblo muriese de hambre. En ninguna parte se volvieron á abrir las escuelas: la instrucción popular, tan floreciente hasta 1789, desapareció con los Hermanos é institutores cristianos proscritos, y en esta época fatal tiene origen la ignorancia que envolvió á todos los niños de las clases bajas durante el primer periodo de nuestro siglo. La enseñanza primaria no se restableció seriamente sino en 1803, despues que Napoleón hubo reconocido el instituto de los Hermanos "para responder, (son sus propias palabras), á la voz general de las poblaciones, que pedían su restablecimiento." Desde esta época la institución se desarrolló con tanta rapidez, que en 1870 contaba, solamente en Francia y sus colonias, 973 escuelas públicas y 342 escuelas libres, á las que asistían 330,622 alumnos.

Si se considera que al lado de los Hermanos de las escuelas cristianas, otras comunidades dedicadas también á la enseñanza primaria se han formado y desarrollado desde hace cincuenta años, y que entre estas comunidades la de los Hermanos de María, para no citar más que una, dirigía en el mismo año en Francia 440 con 61,145 alumnos, se confesará que el número de los niños educados por los Hermanos se eleva á 500,000, si no sube de ese número. En vista de esta cifra enorme es como se debe medir la extensión de los servicios que prestan á la Francia y á la sociedad.

¿Se objetará que la instrucción dada por los Hermanos no es seria, ni económica ni simpática al pueblo? Fácil es responder á estas objeciones con hechos, con cifras oficiales más elocuentes que todo los raciocinios.

En París, de 1848 á 1871, se han puesto en concurso 975 becas en las escuelas municipales de hombres. Aunque las escuelas dirigidas por los Hermanos eran menos numerosas que las escuelas laicas, y aunque la simpatía de los jueces del concurso se inclinaba al lado de estas últimas, los alumnos de los Hermanos obtuvieron 802 becas, y los demás sólo 173.

Los mismos resultados han tenido lugar despues del año de 1871. En 1874, París contaba 78 escuelas comunales laicas y 45 de los Hermanos. Las escuelas laicas pro-

sentaron al concurso 233 alumnos, de los cuales 48 solamente fueron declarados dignos de ser admitidos: los Hermanos presentaron 272 alumnos, y hubo 137 que merecieron la aprobación de los jueces. De las 20 primeras becas, 19 obtuvieron los alumnos de los Hermanos.

En vista de estas cifras, ¿cómo negar la inmensa superioridad de la instrucción que da esta comunidad religiosa? ¿y cómo no admirarse de la ceguera y odio de los que les han puesto el sobrenombre de Hermanos ignorantistas?

Debemos agregar que en las provincias los resultados de los concursos han sido siempre los mismos, tanto que en algunas ciudades los maestros laicos han rehusado tomar parte en ellos y presentar á sus alumnos, declarando que la lucha era imposible. El primer punto queda, pues, fuera de discusión: la instrucción dada por los Hermanos es seria y muy superior á la dada por los institutores laicos.

¿Es más costosa ó más económica? Dejemos que respondan también las cifras. Segun la estadística oficial de 1863, el precio medio de la enseñanza primaria en París por un año y por cada niño era de 14 francos 38 céntimos en las escuelas laicas, y de 10 francos 63 céntimos en las escuelas de las Congregaciones religiosas. Pero esta diferencia tan considerable despues se ha aumentado mucho por el lujo de las construcciones de las escuelas laicas.

A falta de estadística oficial, se ha calculado el costo de la enseñanza en 396 escuelas de congregaciones laicas, situadas en puntos diversos del país. Segun el precio médio obtenido en 1873, cada alumno en casa de los Hermanos costaba 18 francos 90 céntimos, y en las escuelas laicas 39 francos 31 céntimos, es decir, tres veces más. Resultado increíble, pero exacto, y que se explica por los sacrificios incesantes que muchas municipalidades hacen, á fin de arruinar las escuelas de los Hermanos, procurando atraer los alumnos á las escuelas laicas. Así es como, para no citar más que dos ejemplos, en Tolosa en 1873 el costo de la enseñanza de cada niño ha sido, en las escuelas laicas de 75 francos, y de 11 sólo en las de los Hermanos; y en El Havre ha sido de 61 francos 64 céntimos en las primeras, y de 16 francos 17 céntimos en las últimas.

(Concluirá).